

UNA VIDA DE TRABAJO

Palabras clave: crítica, teoría literaria, lengua.
Key words: criticism, literary theory, language.

■ Noé Jitrik

Universidad de Buenos Aires

noelico@hotmail.com

¿Se podrá hablar de “carrera científica” en el campo de las humanidades? El hecho de que varias disciplinas consideradas “humanísticas” se exijan rigor metodológico y sustento epistemológico, tales como la sociología, la economía, la lingüística y aun el derecho o la antropología, permitiría una respuesta positiva y en consecuencia, un sistema de estimación y de evaluación como los usuales y establecidos para las disciplinas reconocidas como científicas. Pero no todas las prácticas que caben en la designación de “humanidades” tienen ese carácter, en particular la literatura y las subdisciplinas que se ocupan de producir conocimiento acerca de objetos evasivos, cuya entidad, epistemológicamente hablando, es de una enorme y a veces difusa variabilidad. En conclusión, en una vida consagrada a ese intento es difícil hablar de carrera aunque sí de metas alcanzadas, de propuestas generalizables, de sugerencias aplicables a nuevas tentativas de comprensión de lo que, por su índole compleja y sus sistemas de significación abiertos, seguirá siendo incesantemente descifrable.

En mi caso particular, todo comienza con el despertar de un interés infantil por la lectura; al entretenimiento inicial siguió un deslumbramiento que con el paso del tiempo

exigía nuevos alimentos, lecturas más complejas y cuya extensión no era un impedimento sino un reto, una ocasión de experimentar otro tipo de sensación al mismo tiempo que de probar mi propia capacidad de enfrentarlo. Por otra parte, debo haber comprendido muy temprano que una vez internado en el campo imaginario, cualquiera fuera su calidad, era imposible detenerse y, al contrario, cada libro enviaba a zonas en las que la imaginación, no el imaginario, vagaban libremente y con una secreta envidia por mundos fascinantes, tanto más cuanto más inalcanzables.

La adolescencia fue un paréntesis; no sólo otros atractivos sino exigencias de una vida modesta y la lejanía de bibliotecas –no había ninguna familiar–, más el paso por las escuelas y la migración territorial –del pleno campo a la gran ciudad con la subsecuente fascinación– suspendieron la lectura: podía haber ocurrido que fuera para siempre en la medida en que el único futuro que me aguardaba, y la esperanza de no salir vencido por él, era una escuela de comercio que me demandó cinco largos años de descreimiento. No obstante, ya en ese período, el encuentro con un solitario volumen de poesía, generó una idea de posibilidad que se iba complementando con un lento y tímido asomarme a

otras expresiones de cultura que no estaban incluidas en el universo barrial ni familiar: música, pintura, cine y, simultáneamente, un regreso a la lectura y más aún a la literatura propiamente dicha, casi ya en ese momento, como un enigma existencial, un ¿qué es esto y cómo actúa? que me llevaba invariablemente a las viejas librerías y a libros cada vez más sólidos y específicos. El cierre de ese período de mi vida fue la decisión de descartar un porvenir ligado a la economía en todos sus aspectos e ingresar a la Facultad de Filosofía y Letras, más como el lugar que podría ampliar mi horizonte de conocimientos que como la fantasía de formar parte de ese mundo, tan distante del que estaba tratando de dejar atrás.

La Facultad era en sí misma una biblioteca universal; literatura del mundo casi entero, textos definitivos, lenguas lejanas empezaron a ser absorbidas por mí con una avidez que se proyectaba al mismo tiempo sobre otros lenguajes culturales; era como si todo se precipitara sin orden pero con una fuerza irresistible, cada curso, cada materia, cada lenguaje, cada propuesta me sumían en un vértigo que no quedaba ocluido en lo que podía considerarse “académico” sino que se saturaba de lo que también ocurría en el exterior, en un alrededor que poco a poco

iba conociendo y en el que deseaba integrarme, ya, cada día más, de hacer algo con todo ello, de una manera vaga, informe, más deseante que habiendo encontrado un lenguaje. Me pareció, sobre el final de mis cursos, en los que predominaba una filosofía historicista –todas las literaturas eran “historia” de cada una- y exámenes, que tanto la “historia de la lengua” como la lingüística eran ese lenguaje; me pareció, todavía de una manera vaga, que sus problemáticas respondían a algo así como una tendencia a la abstracción que iba creciendo en mí como una perturbación más que como una certeza vocacional. A ello se ligaba la aparición en escena de gestos más bien interpretativos como la “estilística” de origen alemán, una suerte de coletazo de experiencias teóricas o críticas que en Europa sacudían los dictados de las viejas retóricas.

En ese camino, mi primer viaje a Europa, hacia 1953, fue un baño de inmersión en todo lo que el abanico disciplinario respecto de la lengua estaba ofreciendo en ese momento, desde la fonética al protoestructuralismo pasando por el indoeuropeísmo, la geografía lingüística y todas las miradas que entonces se estaban posando sobre la lengua, por no mencionar las enseñanzas de de Saussure que estaban siendo recuperadas. En la típica y obligada vagancia parisina otros libros, poesía sobre todo, y un deslumbrante descubrimiento, *La part du feu*, de Maurice Blanchot, una aproximación a la literatura nunca vista en mis años de Facultad, una suerte de Hegel redivivo y postfenomenológico que, contrariamente a lo que se conoce como “crítica”, no daba vueltas en torno a los textos sino que entraba en ellos, veía la literatura como un llevar hasta las últimas consecuencias las percepciones saussurianas, esa extraña pero profunda relación entre signos y cosas.

Puedo ver a lo lejos de qué manera esas lecturas se instalaron en mi mente invitándome no a imitar ni reproducir sus gestos ni aplicarlos sino a desarrollar desde ellas mis propias posibilidades de una acción. Y por acción, ya entonces, al llegar a Buenos Aires, se me hizo clara una doble avenida: por una parte, dar a conocer lo que en los textos podía estar más allá de lo evidente; por la otra, lograr una forma nueva, que no reprodujera ni replicara una tradición crítica que consideraba parasitaria. De este modo, lo que podía haber escrito previamente, esporádicas tentativas de poesía y de crítica más o menos académica, y aun lo que había pensado previamente, quedaban en el pasado de los años de aprendizaje.

Al volver a la Argentina intenté, no obstante, continuar en la lingüística pero si por un lado no había logrado internalizar y hacer propia ninguna corriente en curso y lo único que podría darme alguna certeza eran las consideraciones más generales de esa disciplina, por el otro la Facultad seguía cerrada a cualquier intento de ingreso y sobre todo de innovación teórica, de modo que empecé a considerar que por ese lado no habría demasiado futuro para mí.

En ese momento, fines de 1954, se estaba despertando en ambientes que me eran próximos un nuevo interés por la literatura argentina y un deseo de reverla con nuevos ojos, en pleno auge del existencialismo que prometía una perspectiva crítica dirigida a relacionar la literatura con la realidad externa a ella, no toda, desde luego, sino, sinecdóticamente, la política. Tentado por esa apertura me interné en ese campo, lo estudiado en los cursos universitarios se me apareció como insuficiente y el modo de verlo de entonces inadecuado a la luz de mi experien-

cia europea, por más embrionarios que hubieran sido sus frutos. En el transcurso de los dos años siguientes empecé a producir trabajos acudiendo, en parte personalmente, en parte, recuperando modos como las propuestas de Erich Auerbach, a una metodología que podría llamar “inferencial”: a partir de un incidente narrativo, por ejemplo la relación entre “espacio cerrado y espacio abierto” en las novelas de Eugenio Cambaceres, se trataba, y así lo hice, de construir un aparato que debía mostrar de qué modo el relato se hacía cargo de la realidad y la significación, en especial de orden ideológico, que comportaba.

En ese orden, y sin renunciar a una denominación tradicional, “crítica”, produje varios trabajos en el par de años que siguieron y que fueron pródigos en ofrecimientos de acción que en parte incluían la literatura, en parte otros atractivos, la Universidad, la política práctica, la enseñanza, por no hablar de cuestiones de índole más personal. De ese espacio temporal quedan dos trabajos que puedo considerar representativos de un giro teórico que, visto en perspectiva, daría lugar en años sucesivos a nuevas formulaciones, como si la actitud que los gobernó comenzara a exigir complementos o cambios que poco a poco asumí como posibilidad de redefinir mis relaciones con el “objeto” literatura. El primero fue *Horacio Quiroga: una obra de experiencia y riesgo* y el otro *Procedimiento y mensaje en la novela*.

En el libro sobre el escritor uruguayo volqué lo que había registrado en Europa centrandolo en los abordajes a una obra, en principio meramente costumbrista, en el concepto de “significación”, todavía indeciso pero ya entendido como lo que se trataba de hallar detrás o por debajo de escenas, anécdotas, habilidades

narrativas, figuras típicas, eficaces descripciones. En el trazado, que puedo llamar, provisoriamente, “crítico”, empieza un cuestionamiento sobre el gesto mismo de aproximación y una pregunta sobre la “autorización”, o sea sobre quién, y cómo y desde dónde, se entamará con un texto para entrar en él y arrancarle algún secreto. De esa inquietud saldrán, muy posteriormente, mis intentos de perfilamiento del concepto de “crítica”, que no podía permanecer en las brumas de un kantismo diluido por usos y costumbres facilitadoras de una práctica que no se preguntaba por sí misma sino que aceptaba su rol de acompañante de un proceso de conformación y consolidación de una cultura.

El otro, *Procedimiento y mensaje en la novela*, inaugura una preocupación de otro carácter, hasta cierto punto ligado más a una inquietud retórica que a una analítica. Se articula en torno a una pregunta acerca de lo que puede haber de común en “todos” los relatos que componen la literatura. Una vez planteada, renunciando desde luego a todo colosal inventario pero tratando de registrar estructuras reiteradas, entendidas como vigas de una reja que sostiene una narración, propongo una teoría de elementos que no sólo serían infaltables sino indispensables para comprender la identidad de ese tipo de objetos textuales. Así, valga como ejemplo, el “narrador”, como estructura que no debe ser confundida con el “autor”, y cuya operatoria reside en la administración de un “punto de vista” respecto de los demás elementos igualmente indispensables: personajes, lenguajes, ritmo y descripciones. Cada uno de ellos merecedor de un examen acerca de sus formas, alcances e interacción con los restantes. Quiero ver la tentativa como expresión de un protoestructuralismo que estimo que quedó en eso pues puedo

afirmar que la oleada estructuralista que invadió los estudios literarios no me encontró entre sus adherentes ni soldados. Mi evolución siguió otras direcciones.

Mi ingreso en la docencia, en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, me instaló en la literatura argentina y en una perspectiva historizante. El respaldo teórico que di a mis exposiciones y presentaciones era de tipo sociológico, o lo que podía entenderse en ese momento por tal decisión disciplinaria; los “*maître à penser*” eran Goldmann, Hauser, Luckacs pero como había pasado por una experiencia que me acercó a la problemática psicoanalítica esos modelos no eran totalmente predominantes aunque tampoco el psicoanálisis me obligaba a ver en los textos los núcleos que como tópicos se presentaban invariablemente cuando se hablaba de eso. Sin desecharlos, comencé a considerar especies literarias, especialmente las canónicas –relatos y poesía– como “textos”, en la inflexión que a ese término se les estaba dando a partir de cierta transición teórica que tenía lugar en la teoría francesa, del existencialismo inicial al estructuralismo y de ahí a los comienzos de la semiótica: la palabra “texto” reunía restos de todas esas miradas y permitía recuperar la inicial idea de la “significación” que había quedado relegada. Es así que retomé dos clásicos argentinos, el *Martín Fierro* y el *Facundo* y produje sendos textos de diverso alcance aunque basados en los mismos principios.

En relación con el primero, a partir de lo más evidente, el “canto”, y siguiendo de lejos el modo “inferencial” de Auerbach, pero tratando de apartarme del peso de lo referencial que domina *Mimesis*, esa obra culminante de la crítica europea –apartamiento que fue progresando a lo

largo de los años–, intenté construir un discurso autónomo, en el lenguaje y en las categorías empleadas, pero que al mismo tiempo tenían como objetivo acercarme a una significación probable o, en todo caso, atendible, de un texto constituyente de la cultura literaria argentina. En cuanto al *Facundo* la mirada se apartaba de las consideraciones habituales sobre un texto igualmente fundacional, visto como “declaración”, como propositivo, como expresión de una “genialidad”, pero no como “texto”, en el sentido en que este término estaba tomando cuerpo en la teoría crítica francesa, en particular las primeras tentativas posestructuralistas. De este modo, pude leer ciertas contradicciones que bien podían ser tributo romántico a un pensamiento que se quería orgánico, bien lo que se podía esperar de una “acción” de la escritura propiamente dicha, perspectiva más prometedora aunque todavía no respaldada por reflexiones sistemáticas y filosóficamente fundadas.

Todo eso, más otros trabajos, que pude reunir en un volumen –*Escritores argentinos: dependencia o libertad*– fueron el producto de mis años de docencia en Córdoba, de 1960 a 1966. Separado de la Universidad en la oleada del golpe militar de ese año, además de responder a nuevas exigencias de vida, me vi obligado a hacer un paréntesis en los caminos que había emprendido de modo que los esbozos de tipo teórico quedaron en eso y, en cambio, tuve que responder a esquemas tradicionales, biografías, historia parcial de la literatura, más ciertas incursiones en el discurso histórico, tales como mis trabajos sobre lo que llamé “el mundo del Ochenta” y su primer momento de crisis, “la Revolución del 90”, a partir de las respectivas significaciones culturales encarnadas en textos representativos de los respectivos momentos. De los seis años

de docencia me quedó, sin embargo del criterio obligadamente historicista de la enseñanza, una lección: la historia de la literatura, tal como la conocí y la practiqué en el aula, me resultaba insuficiente para introducirse en la literatura y, en cambio, lo que podía ser fructífero era, otra vez, un método inferencial, centrar los esfuerzos en un texto en particular tratando de que la luz que podría arrojar sobre él irradiara sobre el sistema en general acarreado no sólo la consideración de otros textos sino también sobre los instrumentos de penetración.

La suerte, o la amistad, obraron para que pudiera hacer una nueva experiencia europea, en Francia otra vez pero ya en calidad de profesor. De modo que en el último cuarto de 1967 llegué a la Universidad de Besançon y allí, por obligaciones curriculares, el abanico de pertenencias o atribuciones geográficas se me volvió a abrir: la literatura latinoamericana en el momento en que cundía un interés por algunas de sus expresiones triunfantes, casi como modelos de un quehacer posible en literaturas que se consideraban languidecientes. Al mismo tiempo, entré en un clima teórico dominado por la declinación del estructuralismo y el surgimiento de nuevos modos que se iban aproximando a una semiótica específica, el llamado "sémanalyse", que a partir del redescubrimiento del formalismo ruso intentaba alimentarse con las virtudes analíticas del marxismo, se desprendía de las precisiones semánticas de la década precedente y generaba un lenguaje de una excitante complejidad que se concentraba en un término síntesis de todo ese flujo: productividad, que resonaba de manera diferente al de "significación". Refractario a ese lenguaje fui sensible a los cambios radicales que provenían de los trabajos de Jacques Derrida sobre "escritura" en cuyo origen es-

taba no sólo una discusión de fondo con la lingüística saussuriana sino las miradas de Blanchot a las que yo me había asomado una década antes. Cierta experiencia psicoanalítica vino a sumarse a lo que ofrecía ese *corpus* en el que me interné diría que decididamente pero también a ciertas variantes del marxismo que provenían de las lecturas de Althusser. Fruto de ello fueron los trabajos que produje durante los tres años que duró mi experiencia bisontina, en particular sobre Macedonio Fernández que se me apareció como un precursor de los elementos que se estaban poniendo en juego pero que permitían volver a sus misteriosos y escondidos textos con una mayor profundidad. Algunos trabajos de ese período, como el que tenía a *Ficciones*, de Jorge Luis Borges, por objeto, más otros previos, fueron reunidos en un libro titulado *El fuego de la especie* que apareció en Buenos Aires a mi regreso, hacia 1971.

Con ese bagaje, más la internación en la literatura latinoamericana que ofrecía entonces un rico panorama de análisis, empecé a ordenar los elementos que podían dar lugar a una nueva teoría de la actividad sobre los textos que son entendidos como "crítica"; el concepto dominante fue "Trabajo crítico": le fui dando forma en jornadas de seminarios privados –bloqueado el acceso a la Universidad hasta 1973- y acercamientos, desde ahí, a algunos textos que entendía como aptos para dar una idea de las posibilidades de un pensamiento que sin renunciar a una alimentación teórica fuerte pudiera tener una fisonomía propia. De ahí sale el título de mi libro *Producción literaria y producción social* que incluye trabajos sobre textos de Cortázar, García Márquez, el mencionado de Macedonio y otro, en el que presento la mencionada teoría.

Debo aclarar que entiendo que

por el lado del lenguaje dichos trabajos se diferenciaban de lo que estaba en curso fuera de la Universidad no sólo por su entramado teórico sino también porque estaba en mis propósitos introducirlos en las clases que pude recomenzar a impartir a mediados de 1973 y hasta mediados del 74, otra vez impedido de continuar una labor en virtud de la paulatina represión que sobre la institución empezó a ejercerse, repitiendo una vez más una ya larga historia. En esta instancia, desempeñó un papel decisivo el psicoanálisis que determinó mi trabajo sobre la obra de Roberto Arlt y, en especial, sobre *El juguete rabioso*, texto que consideré privilegiado para poner en escena no un arsenal terminológico y categorial de esa disciplina sino una impregnación modal que me permitió cuestionar mi propia mirada crítica y hacerla más permeable; en la elaboración de ese trabajo tomó cuerpo una sub teoría según la cual todo texto es en principio una esfera impenetrable pero que, semi ocultas, tiene irregularidades que son como guiños o puntos de ingreso de un escarpelo intelectual. La misma disposición puede encontrarse en mi trabajo sobre los textos de Gabriel García Márquez, en particular *El coronel no tiene quien le escriba* y aun sobre *Cien años de soledad*, de más larga y prolongada elaboración (texto central en el comienzo de la apertura docente de 1973). Esos trabajos son fundamentales en una reflexión que conserva su validez acerca de la relación entre "psicoanálisis y literatura", cuyo punto de partida es lo común a ambas prácticas, o sea el uso del lenguaje y las respectivas hermenéuticas. ¿Cómo articular lo que ese matrimonio ofrece de productivo?

La breve experiencia académica de 1973-74 me permitió articular las ideas que sobre la enseñanza habían estado tomando forma des-

de mi llegada a Córdoba. En efecto, se me hacía imposible armar un curso y llevarlo a cabo desde una perspectiva de historia de la literatura, no daba el tiempo ni el método; hacerlo habría consistido en una tentativa imposible de inventario y en un tratamiento superficial de los textos, suponiendo, además, que tales textos debían ser canónicos. Con este espíritu, o mejor dicho con esta resistencia a incurrir en un convencionalismo docente, en mi primer curso elegí textos aislados de literatura latinoamericana que fueran al mismo tiempo atractivos en cuanto a la lectura, de diversas líneas poéticas y de gran elaboración. La recepción y los resultados confirmaron el acierto del enfoque, se produjo en el ámbito de la Facultad de Filosofía y Letras y en el más reducido de la literatura un sacudimiento que dio grandes frutos: muchos alumnos que me acompañaron, del mismo modo que lo que había ocurrido en Córdoba, se destacaron posteriormente en la investigación, la docencia y la literatura en diversas universidades del país y del mundo. Para el segundo curso, y último, mis enfoques se precisaron: me propuse implantar la idea de una historia, pero no de la literatura sino de la escritura en América Latina; de este modo, se trata de los *Diarios* de Colón, del barroco, del romanticismo, del realismo, de la poesía de vanguardia. Creo que logré mi objetivo en dos órdenes, el mío personal en cuanto a mi producción "científica" y el didáctico en la medida en que el concepto de "escritura" ampliaba el horizonte y hacía del hecho literario un objeto epistemológico, o sea un objeto de conocimiento y ya no de exaltación al mismo tiempo que exigía una importación de teoría sin lo cual toda afirmación en este terreno es liviana y pasatista. Y, en cuanto a lo personal, de ahí salió mi libro *Los dos ejes de la cruz*, que terminé de escribir y publiqué en México y luego otra vez ahí y en Buenos Aires con el nuevo

título de *Historia de una mirada*, y mi trabajo sobre "Alturas de Macchu Picchu", de Pablo Neruda que creo que es el ensayo más exhaustivo que de tan importante poema se escribió, en un medio literario en el que la poesía parece inaprehensible.

Otra vez el exilio, ahora en México en un múltiple campo de trabajo: docente, de investigación, de conocimiento de una realidad cultural nueva y humana por supuesto. Los instrumentos que empleé habían sido afilados en la Universidad argentina en ese año de trabajo infelizmente interrumpido por la irrupción dictatorial. En lo teórico me apoyé en el *corpus* de problemas que iban integrando la propuesta que llamé del "Trabajo crítico" (los textos que fui escribiendo fueron publicados un par de años después en un libro titulado *Temas de teoría: el trabajo crítico y la crítica literaria*) y en lo estrictamente docente me seguí apoyando en lo que podía ser el método "inferencial" relacionado con problemas, corrientes o tendencias que permitían viajar por la literatura de todo el universo latinoamericano, tales como, entre otros temas, la vanguardia y la novela histórica. Y, al mismo tiempo, y en ocasiones vinculándolos con la enseñanza, recuperé los esbozos y apuntes que habían empezado a tomar forma en Buenos Aires y que prometían un perfeccionamiento. De este modo, pude retomar algo así como un compromiso que había contraído a partir de la idea de "escritura" que había guiado mi acercamiento a varios textos en una propuesta de historia, no de la literatura, sino de la escritura latinoamericana, como una experiencia local y propia; proponía que esa historia comenzaba con los *Diarios* de Colón y se manifestaba posteriormente no en una continuidad mecánica, de un texto a otro, sino en momentos de crisis y de resoluciones que ponían en evidencia diferencias fundamentales y

reveladoras; de este modo, se podía hablar de un momento barroco, de la gauchesca, del realismo, del modernismo, de la vanguardia, en todos los cuales la escritura era conciencia de sí misma y problema que arrastraba al lenguaje mismo y para abordar lo cual operaban elementos provenientes de la teoría mencionada. De este modo, pude escribir a lo largo de los 13 años pasados en México, algunos trabajos que conformaron el libro titulado *La vibración del presente*, que contiene trabajos sobre Jorge Luis Borges, José Lezama Lima, José María Arguedas, Roberto Arlt, Juan Rulfo, Juan José Saer, Julieta Campos, Tomás Segovia, así como una puesta a punto del naturalismo y la vanguardia. Pero más concretamente, debo referirme, para completar mi afirmación precedente, a mis trabajos sobre "Alturas de Macchu Picchu", de Pablo Neruda (lo que implica una puesta a punto sobre el discurso poético), *El reino de este mundo*, de Alejo Carpentier (ambos ingresaron a *La memoria compartida*, así como el trabajo sobre *El coronel no tiene quien le escriba*, de García Márquez), el "Prólogo" a la edición del *Facundo* de la biblioteca Ayacucho (Caracas) y el trabajo sobre *El juguete rabioso*, de Arlt, *La llegada*, de José Luis González, además de otros muchos que están en la constelación latinoamericana, por ejemplo el ecuatoriano Pablo Palacio ("Extrema vanguardia"), Juan Carlos Onetti ("El sufrimiento de un narrador"), el "diepalismo" ("La vanguardia en Puerto Rico"). Carlos Fuentes ("La crítica, el cine y la presencia de Carlos Fuentes"), José Donoso ("Parodia y pornografía"), Manuel Maples Arce ("El estridentismo"), Nicanor Parra ("Los anti poemas") así como múltiples reseñas publicadas en periódicos mexicanos. Y, sobre todo a mis libros; el relacionado con la obra de Rubén Darío (*Las contradicciones del modernismo*) y el ya mencionado que tiene por objeto los documentos

colombinos (*Los dos ejes de la cruz* que fue reescrito posteriormente con el título de *Historia de una mirada*).

El trabajo sobre Darío se articula sobre ciertas marcas textuales semi ocultas, la especularidad estrófica por ejemplo, y la construcción de matrices o redes sobre las que los poemas van creciendo; el "contenido" de los poemas, que bien pudo ser, y sigue siendo a primera vista, trivial, sin siquiera un gran valor referencial, como a la sombra de Mallarmé, oculta quizás las operaciones verbales que Darío realiza sobre dichas grillas y que configuran una suerte de sistema de producción homólogo, es mi hipótesis, a un sistema de producción industrial. Obviamente, el trabajo padece de una impronta "productivista", lejanamente vinculada a los modelos que expuse en *Producción literaria y producción social*.

Una variante se me presenta al enfrentarme con los documentos colombinos; ya no se trata de "productivismo" sino de establecer posibles condiciones de una escritura que, informe y todo, es suscitada por el encuentro de un lenguaje titubeante con una realidad nueva y desconocida; ese choque es entendido, para dar curso a la voluntad descriptiva del navegante, mediante la necesaria apelación a la metáfora cuya apariencia es salvaje, no será la que proliferare en el Siglo de Oro, pero algo así como un motor escriturario. Afirmar que es inaugural puede ser arbitrario y suponer que la necesidad de "representación" de lo que "se ve" es tan tenaz y fuerte que determina un imaginario, lo constituye y hace escribir. En un principio, el cruce entre paradigma y sintagma, que articula el discurso, se concreta en la cruz que, por otra parte, parece ser un instrumento no sólo de captura sino de interpretación, de ahí el primer título del libro, *Los dos ejes de*

la cruz, modificado en la reescritura que emprendí años después, *Historia de una mirada*, que me pareció más adecuado para señalar la red de relaciones que sostienen esos textos.

Todas estas menciones –trabajos que se fueron produciendo en los años mexicanos, además de otros de diferente pretensión y espesor teórico– están marcados por una voluntad "latinoamericanista" que amplió considerablemente mi relación con la literatura argentina, sin olvidarla, y puso a prueba los conceptos operativos que había ido acumulando y depurando al mismo tiempo que los escribía. Creo que se ocupan de textos y momentos en un amplio registro de exponentes de la forma que logró constituir la cultura del continente y de cuyo tratamiento, ejecutado de esta manera o de otras posibles pero que no fueron las mías, puede emerger no sólo el catálogo o museo de esta literatura sino también una puesta a prueba de un modo de acercamiento que se separa de las condiciones impuestas por el tradicional historicismo heredero de las concepciones positivistas que regularon la mirada sobre la cultura a mediados del siglo XIX y perduraron hasta gran parte del XX. Pero, no por ello cesaron mis intereses teóricos que todavía giraban, y lo siguen haciendo aunque ingresan también al inventario nuevas miradas, en la literatura y en la poesía específicamente; en ese momento, producto de una inquietud que puedo llamar "crítica" respecto de la traducción, pero metodológicamente prolongación de mis trabajos sobre Neruda y Darío, me llevó a considerar el espacio que existe entre un texto, considerado "genotexto" y la versión, como "fenotexto", fuente, por lo general de equívocos de interpretación. En particular, mi punto de partida fue el examen del famoso "Sonnet", de Mallarmé, que dio lugar al artículo titulado "Las

dos traducciones" (sobre el "Sonnet en X", de Mallarmé), que publiqué tempranamente en *Point of contact* No. 3, New York, en 1976 y casi enseguida en *Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México*, Vol. XXXII, N° 2, México; puedo creer que tal interés fue despertado, en su momento, por mi intervención en el "Programa de Traducción", de El Colegio de México, que consistió en una serie de elaboraciones orales de conceptos literarios, "escritura y economía", por ejemplo, el concepto de "forma", la "posición del narrador" y otros que se desprendían de la puesta en escena.

Un poco por azar, y otro en virtud de un mecanismo que actúa extrayendo temas larvados, o que se elaboran en silencio, casi inconscientemente, y que de pronto, estimulados por una demanda exterior, brotan y constituyen un campo de trabajo, comencé a someter a examen esa práctica tan generalizada que se conoce como "lectura" convirtiendo la palabra lectura en un objeto de conocimiento; publicados los acercamientos al concepto en una revista del CONACYT, entraron a formar el libro titulado *La lectura como actividad* y luego, años después, *Lectura y cultura*. El tema, complementario del de "escritura", fue objeto de diversos seminarios y de artículos; quiero creer que llegó a ser básico de la perspectiva semiótica con la que me comprometí anteriormente y que tuvo consecuencias en los efectos que pude aquilatar en la docencia en las diferencias instancias que me tocaron en suerte, Argentina, Estados Unidos, Chile, Uruguay y Colombia.

Uno de los instrumentos de relación hermenéutica que determinaba una suerte de lenguaje de época era el concepto de "intertextualidad" que poco a poco había devenido requisito metodológico. En la medi-

da en que, como lo relaté párrafos arriba, desde hacía años mis propuestas analíticas se apoyaban tanto en ciertas enseñanzas de la fenomenología como en la historia y en el psicoanálisis, la exigencia no se me presentaba como un “a saber” y menos como un sistema de citas justificatorias de saberes distantes pero autorizadores. Modalidades, recurrencias, evocaciones, alteraciones empedraban las incidencias textuales y determinarlas, sin necesidad de evocar los textos de donde podían venir, aparecía espontáneamente como producto de un método que había empezado a operar hacía ya mucho tiempo. Pronto empecé a considerar que si esa relación estaba dada no pasaba de una empiria de modo que se trataba de ir a otro nivel que, considerando lo que me atraía, podía ser una “interdisciplina” y, más adelante, una “interdiscursividad” que, a su turno, pasó a ser “transdiscursividad”, concepto que presentaré un poco más adelante, cuando me refiera a otro giro o paso que di en un terreno teórico cada vez más tentador.

En cuanto al momento “interdisciplinario” su expresión puede encontrarse en mi trabajo “Psicoanálisis y literatura o literatura y psicoanálisis” en el cual el punto de partida es la materia misma de los objetos respectivos, el lenguaje: la literatura genera lenguaje o pone de relieve sus potencialidades, el psicoanálisis opera sobre el lenguaje y en ambos casos se trata de llegar a lo que está detrás, a lo no dicho en lo dicho y, en suma, viejo tema siempre presente, a la significación que palpita, sin definirse, en los respectivos actos analíticos.

En el paso a paso de la intención teórica tuve la oportunidad, que me brindó el Doctor Gilberto Giménez, de asomarme a un campo que estaba tomando forma; en un coloquio

organizado en la UNAM teóricos franceses, Michel Pêcheux, Regine Robin y otros, presentaron las posibilidades de una teoría que a partir de la lingüística harrisiana y rápidas intersecciones interdisciplinarias prometía abordar diversos discursos sociales más allá de los presupuestos filosóficos desde los que se consideraban los hechos sociales. El discurso dejaba de ser la tradicional formación oral propia de la oratoria tanto política como sagrada para devenir un objeto epistemológico entramado con toda la gama de prácticas sociales, de todos los campos; así, podía hablarse de “discurso político”, de “discurso literario”, de “discurso publicitario”, de “discurso religioso”, sus especies particulares y los restante que recorren la vida social, con parecidos instrumentos analíticos. Quizás esa manera de entenderlo discrepaba de la ortodoxia pero a mí me abría un camino y en él me interné, en principio en El Colegio de México, donde logré, venciendo resistencias no fundamentadas, impartir un Seminario de doctorado con la colaboración de Hans Saettele que, proveniente de la lingüística, se estaba inclinando hacia el psicoanálisis de manera que también veía en la noción de “discurso” una posibilidad interdisciplinaria de consecuencias.

Cuando por razones poco claras y oscuramente idiosincráticas, concluyó mi compromiso con El Colegio, fui invitado por una dependencia de la UNAM a planear y organizar una Maestría en, precisamente, análisis de discurso. Produje entonces un documento fundando esta teoría y, a continuación, hice un viaje a Europa para recabar elementos conceptuales que debían incorporarse a la propuesta. Hablé con Michel Pêcheux, Jean-Jacques Courtine, Jean-Blaise Grize y con otros discursivistas, de cuño lingüístico. Al regresar, y más bien inclina-

do a incorporar problemáticas analíticas posibles para otras prácticas, organicé un encuentro sin otro tema que “el discurso” mismo invitando a portavoces de diversas disciplinas. El documento al que aludí fue el único material del que los asistentes contaron para iniciar una reflexión que implicaba la instalación de ese concepto que, entonces, pude definir como “un acto verbal, de efectos extraverbales y, al mismo tiempo, verbales”. Así desfilaron discursos provenientes de la sociología, de la literatura, de la física, de la pintura, de la medicina, etcétera. Y, correlativamente, empecé a escribir sobre el concepto, no sólo en la revista, *Discurso*, que al dar cabida a esta dimensión teórica mediante una convocatoria amplia respaldaba la Maestría que estuve articulando en la Universidad Nacional Autónoma de México y en la que presenté varios trabajos, sino también en otros lugares como, por ejemplo el trabajo titulado “Discursividad, discurso, análisis”, recogido en la revista *Morphé*, de la B.U.A.P. La revista *Discurso* sigue saliendo pese a que abandoné la dirección cuando cesaron mis compromisos en México y recomencé mi labor en la Argentina, hacia 1987.

Pero el concepto de discurso operaba en mí como trasfondo para dar lugar a campos temáticos diversos, en particular relativos a la cultura latinoamericana y a lo que puedo llamar “objetos” literarios. En casi todos mis trabajos posteriores a ese primer momento de planteo y desarrollo se puede advertir ese tipo de mirada. En cuanto al primer aspecto, puedo mencionar varios trabajos, algunos escritos directamente o presentados en coloquios o congresos, que integraron mi libro *Las armas y las razones*, publicado en Buenos Aires: “De la dictadura a la democracia en Argentina”, presentado en el *Department of Sociolo-*

gy, *University of California*, La Jolla, en 1984; "Entre el ser y el siendo. Identidad. Latinidad. Discurso", en el simposio organizado por el Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, U.N.A.M., México, en 1984; "La burocratización de la cultura", en el Simposio sobre "Industrialización de la cultura y resistencia cultural", Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, U.N.A.M., 1985. "Desde el margen: exilio y literatura", publicado en *Represión y reconstrucción de una cultura* (1988); "La locura militar y un discurso imposible" en México, 1987; "Discurso y sociedad" fue el tema de un cursillo que impartí en la U.N. de Rosario, en 1986. Otras intervenciones semejantes pueden encontrarse en el mencionado libro, *Las armas y las razones*.

Lo que quizás guía todos esos trabajos es una búsqueda de signos que siendo propios de la experiencia histórica latinoamericana pueden ser examinados en una dialéctica de semejanza/diferencia que asume y deja de lado la cuestión más o menos trivializada de "identidad" así como la traducción a lo político "estatal" de la latinoamericanidad. Se trataría de un campo discursivo "perturbado" por factores no sólo políticos y económicos sino humanos de gran fuerza, por ejemplo lo que aparece como más nítido en la zona caribeña, herencia de las peores rémoras de la colonización, o la inmigración, más propia de otras regiones del continente. Los lenguajes resultantes aparecen, en mi dispositivo de análisis, como el punto de partida de un intento de precisión que va más allá del explícito bolivarianismo o del europeísmo forzado, retóricas ambas que no salen de una cárcel de repetición y de invocaciones exaltadas.

En cuanto al campo literario, no menos numerosas son mis interven-

ciones: "De lo 'gastado' al 'interés' en una práctica secundaria (la crítica literaria)", presentado en la Universidad Autónoma Metropolitana, en 1984, prolonga y replantea mi interés por una teoría del "Trabajo crítico". Este tema fue retomado por mí en varias ocasiones; por un lado, lo encaré en un primer momento en el libro *Temas de teoría: el 'trabajo crítico' y La crítica literaria* y, posteriormente, en el trabajo titulado "Productividad de la crítica", que reformulé varias veces en diferentes ocasiones, la última de ellas en el 2014, en Colombia, en el marco del Doctorado de la Universidad Tecnológica de Pereira. Y si bien este tema en particular tiene un sesgo teórico muy marcado, es semejante al titulado "Literatura y Política en el Imaginario Social", publicado en *El balcón barroco*, libro que reúne trabajos de diversos registros pero en ese mismo espíritu.

No me resulta fácil en este rumbo de la reseña dar cuenta de los trabajos producidos a la sombra del concepto de "análisis de discurso", veta que elegí en lugar de "teoría del discurso", que me habría llevado a zonas de apartamiento de los "objetos" que se me iban poniendo por delante de manera asistemática pero que en el lenguaje y en el enfoque adquirirían cierta sistematicidad o, si se prefiere, unidad de estilo y de abordaje.

Inclusive cuando me enfrentaba con textos o problemas de índole puramente literaria, en apariencia desde luego, porque considerándolos "discursos" y en la búsqueda de su "discursividad", me apartaba de enfoques preliminares vinculados a las prácticas académicas en uso. De este modo, pude internarme en la poesía épica, vinculada a Latinoamérica, cuando se me ofreció trabajar sobre la obra de Bernardo de Balbuena, *El Bernardo*, muy caracterís-

tico de los comienzos del siglo XVII, emparentado con otros del mismo tipo, como *La Araucana*, de Alonso de Ercilla y, desde luego con la épica italiana. Con ese trabajo concluyó mi irrupción en el discurso poético de este tipo pero también pude emprender una prolongada tarea sobre el "discurso poético" que considerado como "campo discursivo" convocaba a otros, tales como el político, el religioso y el publicitario. Esa tarea fue realizada años después, en Buenos Aires, y el conjunto publicado bajo el título de *Conocimiento, retórica, procesos*, publicado en el 2008. Dicho sea de paso, estos textos se vinculan con la instalación en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires de una Maestría en Análisis del Discurso, en la que integro la Comisión correspondiente, y cuyos fundamentos en parte están en la que no logré concretar en México, según lo relato más arriba.

Vuelvo un poco al momento en que presenté estas derivas para señalar que también en el período "mexicano" retomé obras en particular en una suerte de espontánea fidelidad a lo que se había insinuado en Francia cuando tuve que abordar la obra de Pablo Neruda. Ahora me atraían y provocaban otros textos de diversos lenguajes y de diversas experiencias "poéticas", entendiéndose por tal cosa opciones de escritura. En este sector puedo ubicar mis trabajos sobre Borges ("Sentimientos complejos sobre Borges"), recogido por *Les temps modernes*, sobre la poética de Alfonso Reyes, que forma parte de *El balcón barroco*, así como escritos sobre la monumental autobiografía de José Vasconcelos que, previamente, había ido publicando en el periódico *Unomásuno*; en el mismo ciclo tengo que incluir mi trabajo, ya mencionado, sobre Juan Rulfo y los que continué haciendo sobre García Márquez y Cortázar o sobre *Recuer-*

dos de Provincia, en una visión que tendía a ser más particularizada que la que había tendido sobre el *Facundo* en su momento. (“Autobiografía, biografía y fuerte desplazamiento hacia la narración: Sarmiento en el origen de una literatura”). En la misma franja temporal y en atención también a determinados estímulos (pedidos, congreso, recopilaciones temáticas) lo que había comenzado hacia 1976 con ciertos apuntes sobre la “vanguardia” fue tomando cuerpo no sólo para considerar obras estrictamente vanguardistas como el “estridentismo” mexicano o el “diepalismo” puertorriqueño, de tan diversa orientación, sino para establecer algunos parámetros del discurso designado como “vanguardia”, ya no en el sentido de “movimiento” o tendencia; específicamente, mi trabajo titulado “Las dos tentaciones de la vanguardia”, escrito ya en Buenos Aires, publicado en la reunión crítico-antológica de Ana Pizarro, *América Latina: palabra, literatura y cultura*, primero en São Paulo y recientemente en Santiago de Chile. Lo mismo puedo decir acerca de la dimensión latinoamericana, como modo de participar en un debate permanente acerca de la viabilidad de la designación; así debe considerarse “Tendencias actuales de la narrativa latinoamericana” y, como formando parte del mismo elenco de problemas, los trabajos sobre “novela histórica” que no sólo me llevaron a escribir varios textos. “De la historia a la escritura: predominios, disimetrías, acuerdos en la novela histórica latinoamericana” es quizás el principal y que, junto a problemas específicos del concepto de “historia” y, sobre todo de “historia de la literatura”, diferenciada de “historia literaria”, me permitieron organizar un volumen que publiqué más tarde bajo el título de *Historia e imaginación literaria*, donde sistematizo el concepto de “novela histórica” reuniendo y ensamblando

aportaciones que había hecho en diversos encuentros académicos y aun en cursos universitarios, tanto en congresos en los Estados Unidos como en conferencias en México. En ese libro cuestiono firmemente no tanto la verdad histórica que la novela respetaría o traicionaría sino la perduración del concepto de representación que, dado este referente, sería inevitable y, además, postulo que los textos que eligen este camino, acaso en virtud de exigencias ético-políticas, sólo se validan si respetan las generales de la ley de la escritura, o sea si logran pasar de la verosimilitud historizante a la credibilidad poética.

La preocupación por consolidar teóricamente un campo relacionado con el concepto de “discurso” pudo canalizarse de varias maneras; por un lado, la ya mencionada revista *Discurso* y, una vez que pasé a trabajar en la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM, la organización de al menos cuatro encuentros; los trabajos presentados por portavoces de diversas disciplinas, fueron reunidos en sendos volúmenes, precedidos y presentados por extensos prólogos en los cuales pude desarrollar mis ideas sobre la cuestión, además de mis intervenciones en los debates que cada trabajo suscitaba. Los temas fueron “Hacia un escenario para el concepto de discurso”, “Discurso e interdisciplina”, “El discurso político mexicano”, “El discurso del amor y no el discurso amoroso”. Logré congrega un número importante de participantes, de diversos campos disciplinarios, con la intención de que confluyeran con sus aportes a la consolidación del concepto de discurso que podría, por añadidura, permitirles revisar sus propios presupuestos analíticos, en la medida en que sus disciplinas lo exigieran. No sé si tuve éxito, algo inmedible desde luego pero en lo que lo tuve fue en que el concepto mismo ha entra-

do en el universo epistemológico y gnoseológico y se ha hecho, directa o indirectamente, instrumento de uso en cualquier tipo de elaboración signíca.

En este punto del relato, me es imprescindible señalar una característica que acaso sea menos personal de lo que parece; a saber, que ciertos temas, como puntas de una pregunta, tienen un comienzo y en algunas ocasiones una respuesta, tal como creo haberlo señalado a propósito de mis trabajos primeros que tienen una impronta psicoanalítica, pero no concluyen ahí y reaparecen, apoyando nuevas cuestiones, años después, en otros lugares; así, en lo que respecta al psicoanálisis, varios años después pude reunir mis ideas en el trabajo ya mencionado, “Psicoanálisis y literatura o literatura y psicoanálisis”, pero que también alimentó los que fui realizando cuando dejé México y me reinstalé en la Argentina. Esto puede entenderse como un diseño de fuerzas ideales que se entretajan y que episódicamente se ocultan y luego reaparecen. Puedo decir, de este modo, que mi inmersión en los conceptos de “análisis de discurso” así como de “dimensión psicoanalítica”, que tuvieron forma cuando el mero descriptivismo historicista de obras literarias dio paso a tales aperturas, están presentes en trabajos del período posmexicano y se diría que en los de los últimos años aunque, por cierto, nuevos conceptos se incorporan a esa red.

En 1983, como es sabido, la dictadura argentina se derrumbó y se empezaron a abrir nuevamente las puertas para un regreso al país. En mi caso, eso se produjo hacia 1987 cuando regresé a la Facultad de Filosofía y Letras, a cargo de la Cátedra de Literatura Latinoamericana 2, e ingresé a CO.NA.CYT como “Investigador Principal”, sitio en el que me

desempeñé hasta 1992. Sin embargo, desde 1987 hasta 1991, seguí ligado a México prosiguiendo mis trabajos en el orden del análisis del discurso, a lo cual aludí más arriba.

Aproximadamente a partir de 1984 se añadió a mi perspectiva analítico-discursiva una dimensión semiótica que venía discretamente a resolver algo que en el momento anterior había quedado en suspenso, a saber ¿qué perseguía el análisis? La respuesta, largamente modelada, se concretaba en torno a la idea de "significación", concepto esencialmente semiótico y, a la vez, resumen de diversas líneas de fuerza. Sin embargo, eso no implicó que absorbiera modelos de "la" semiótica establecidos, Greimas, Pierce u otros, sino un orden de reflexión que partiendo de las definiciones saussurianas, varias que habían quedado inconclusas, fui conformando un sistema particular, que tendía a la sociosemiótica pero que sobre todo me permitiría ir acercándome a lo que llamaba el "enigma" de la literatura, poesía en particular.

Ambas líneas de pensamiento, "análisis de discurso" y "semiótica", perduran, se intersectan y tiñen todos los trabajos que ejecuté desde mi regreso a la Argentina y durante mi pertenencia al CO.NA.CYT y cuya enumeración reservo para la "bibliografía" que esta reseña tolera. Debo aclarar que en ningún caso, lo cual puede verse, en la tonalidad de mis trabajos, me atengo a una mimética citacional de las posiciones ortodoxas en ambos campos: no he seguido las valiosas, por otra parte lecciones de un Greimas ni de un Pierce así como tampoco del discursivismo francés, sino que he tratado de dar forma a conceptos emanados de ambas dimensiones; en ese sentido, puedo afirmar que si lo que tales conceptos proponen me resulta adecuado y simpático para seguir

pensando también han venido a corroborar lo que se venía formando en mi propio espíritu, habida cuenta de las particulares condiciones de un pensar en las tradiciones intelectuales de estas latitudes; puede ilustrar lo que intento decir por "condiciones", una obra, a la que regreso permanentemente, como la de Sarmiento, atento a lo que el pensamiento occidental podría proponer pero dispuesto a reelaborarlo, con lenguaje propio, para convertirlo en instrumento de interpretación útil. Obviamente, ese cruce conceptual está presente en la docencia de grado y de posgrado que llevé a cabo tanto en Buenos Aires como en las breves salidas al extranjero, Estados Unidos (California), Uruguay (Montevideo), Chile (Santiago), Colombia (Bogotá, Pereira), en las cuales, a partir de, y volviendo a, textos de la literatura latinoamericana, proponía lecturas que, a su vez, podían mostrar el acierto de las proposiciones que había hecho en mis trabajos específicos sobre "lectura" y "escritura". Y, a propósito de estos temas, ya señalé más arriba, los que publiqué sobre el primer término; en cuanto al segundo, en Buenos Aires, recopilé varios bajo el título de *Los grados de la escritura*; si hablaba de la lectura "como actividad", la escritura aparecía como "producción", en diapasón y consonancia con avances filosóficos quizás pasatistas, como el renacimiento althusseriano del marxismo y el psicoanálisis lacaniano, de los cuales determinados restos saturaban mis propias indagaciones. Por ejemplo, mi trabajo sobre "El balcón barroco", que fue un intento de semiótica teatral, que considero innovador en este campo en el cual el balanceo entre texto y género determina por lo general una mera glosística que empantana una crítica posible de esa fugitiva especie artística, me refiero al teatro, en cuyo lenguaje la palabra "representación" parece conducir toda reflexión. Una

mirada semiótica intentaría, como lo intenté en mi trabajo, separarse de esa condena considerando que "lo" teatral es un modo de discurso que merece ser considerado como lo es toda literatura aunque respetando su peculiaridad, o sea la relación entre formulación y acto. Dicho de otro modo, si todo enunciado considerado como filosófico produce "efecto" en el teatro el efecto está encarnado, emana del texto escrito y adquiere otra forma de presencia.

Poco a poco, la dominante semiótica me fue conduciendo a una zona que puedo considerar "proto-filosófica" o "semifilosófica" o, en todo caso, emparentada con una general "filosofía del lenguaje". Pude suponer, o imaginar, que mi modo de reflexión implicaba un giro filosófico propio de la cultura contemporánea, no afiliado a lo que se llamó "posmodernismo" sino más bien a una tradición heterodoxa, platónica si se quiere, pero que no dependía de sistemas, a la manera de lo que ordena la enseñanza de la filosofía en las universidades, metafísica, ética, estética, etcétera.

Estimo que eso puede verse en las propuestas que hice, acompañado por otros colegas, en la revista *sYc* (una sigla de Semiología y Comunicación que declaraba la intención de tomar distancia de ambas disciplinas), que comenzó en 1989 y produjo diez números. Mis propósitos se fueron definiendo y concretando en una suerte de programa que iba encontrando sus objetos. El gesto básico puede describirse como un intento por liberar a términos de la lengua natural de su encierro semántico para someterlos a una indagación fenomenológica semiotizante, o sea con el objeto de ponerlos en una posición significativa, no en el sentido en que el psicoanálisis lacaniano emplea este término ni tampoco saussuria-

namente, como componente conceptual o imaginológico del signo, sino como “producción” de significación. De este modo, un primer deslinde, que no fue lo primero que hice pues, como lo señalé, los objetos se fueron dando en progresión de necesidad hermenéutica, fue mi trabajo sobre las diferencias entre significado, significación y sentido. De ahí, y siempre perseguido por las básicas formulaciones saussurianas, pero sin renunciar a lo que proporciona una irrenunciable experiencia literaria, el problema de la referencia, que filósofos como Frege resuelven en una perspectiva se diría que exclusivamente semántica. Términos tales como “negatividad”, “efecto”, “poder”, “conocimiento”, “memoria”, “verdad”, “dolor”, “transferencia”, “simbolización”, “inconsciente”, “usura”, “acorde”, fueron –no son los únicos– siendo abordados en sendos trabajos, algunos publicados, varios de ellos en la revista *Tópicos del Seminario*, de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, otros en *Psicoanálisis y el hospital* y en otras, además de colecciones de ensayos como *El balcón barroco* (1998), *Línea de flotación* (2002), *Fantasmas semióticos* (2007), *Conocimiento, retórica, procesos* (2008), *Verde es toda teoría* (2010), *Poéticas de la crítica* (2012) y *Delicados trazos* (2014). Puedo creer que la fertilidad de un enfoque como éste consiste en que no sólo abre camino a modos de pensamiento en diversos órdenes, tanto en la hermenéutica textual como en la discursividad disciplinaria (para la medicina, por ejemplo, una reflexión de este tipo sobre el dolor no puede ser irrelevante) sino que se filtra en otros tipos de discurso, por ejemplo en mi caso la poesía: en mi libro *Cálculo equivocado* (2009) una sección está compuesta por series cuyos desencadenantes son “dolor”, “necesidad”, “desesperación”, “placer”, “libertad”, “soledad”, “corazón”,

“miedo” así como en mis artículos relacionados con cuestiones literarias, publicados en diversas revistas y recopilados, algunos, en sendos libros: *La selva luminosa* (1992), *Suspender toda certeza* (1997), *El ejemplo de la familia* (1998), *Vertiginosas textualidades* (1999), *The Noé Jitrik reader* (2005). Semejante manera de enfocar problemas de otra índole, temas de actualidad, observaciones de realidades inmediatas, comportamientos, han dado, y siguen dando, lugar, a trabajos que entran en el discurso periodístico y que no separo de una impregnación semiotizante: pretendo con ellos, o lo intento, señalar una diferencia de fondo con el lenguaje periodístico en curso, dominado por la “opinión” y sometido a una obligación de literalidad que responde a una interpretación puramente mercadológica del horizonte de lectura de una sociedad.

Por último, tampoco puedo separar de esta manera de considerar problemáticas del lenguaje, mi regreso a un ámbito de “historia de la literatura”, muy cuestionado por mí en experiencias docentes anteriores y de acercamientos a textos literarios, tanto propiamente míos como de descripciones ejecutadas por otros, en particular investigadores vinculados al Instituto de Literatura Hispanoamericana que dirijo desde 1991. Encarado un proyecto de largo alcance, titulado *Historia crítica de la literatura argentina*, que una editorial (Emecé) –no un sistema de investigación– contrató, a esta altura casi concluido (11 volúmenes de un plan de 12), y que comenzó en 1999, en la palabra “crítica” (práctica sobre la cual formulé en su momento varias precisiones conceptuales, desde mis tiempos mexicanos hasta últimas intervenciones en 2014) intenté que una perspectiva semiotizante rigiera las plurales miradas sobre una fenoménica que, pese a su juventud –200 años no es

demasiado tiempo para un cuerpo literario– es compleja, rica y abundante. Estimo que parcial e indirectamente lo puedo haber logrado; en todo caso, en el resultado se puede advertir una diferencia muy grande respecto de programas e intentos relacionados con una dimensión histórica de una literatura como la argentina.

■ BIBLIOGRAFÍA

A. Libros de mi autoría

- Horacio Quiroga: una obra de experiencia y riesgo* (1960)
- Procedimiento y mensaje en la novela* (1962)
- Escritores argentinos, dependencia o libertad* (1967)
- Muerte y resurrección de Facundo* (1967)
- El Ochenta y su mundo* (1968)
- La Revolución del 90* (1971)
- Ensayos y estudios de literatura argentina* (1971)
- El fuego de la especie* (1971)
- La novela futura de Macedonio Fernández* (1973)
- Producción literaria y producción social* (1975)
- El No-Existente Caballero* (Ensayo sobre la forma del “personaje” en la literatura latinoamericana), (1975)
- Las contradicciones del modernismo* (1978)
- La lectura como actividad* (1982)
- La memoria compartida* (1982)

- Los dos ejes de la cruz* (1983)
- Las armas y las razones* (1984)
- Lectura y cultura* (1987)
- La vibración del presente* (1987)
- Temas de Teoría. El Trabajo crítico y la crítica literaria* (1987)
- El balcón barroco* (1988)
- La selva luminosa* (1992)
- Historia de una mirada* (1992)
- Historia e imaginación literaria*, Buenos Aires (1995)
- Suspender toda certeza*, Buenos Aires (1997)
- El ejemplo de la familia* (1998)
- Vertiginosas textualidades* (1999)
- Historia crítica de la literatura argentina* (1999)
- Los grados de la escritura* (2000)
- Línea de flotación* (2002).
- The Noé Jitrik Reader* (Selected Essays on Latin American Literature) (2005).
- Fantasmas semióticos: concentrados* (2007)
- Conocimiento, retórica, procesos* (2008).
- Verde es toda teoría* (2010)
- Poéticas de la crítica* (2012)
- Delicados trazos*, 2014
- B.Trabajos personales no incluidos en libros**
- "Autobiografía, biografía y fuerte desplazamiento hacia la narración: Sarmiento en el origen de una literatura", Universidad Nacional del Comahue, 1988.
- "Estudio introductorio y selección" a *El Bernardo*, de Bernardo de Balbuena, México, SEP, 1988.
- "Los deslizamientos discursivos y el tema del poder", *Discurso* N° 9, México, 1988.
- "La lectura y la escritura en su entrecruzamiento", *sYc*, Buenos Aires, Año I, No. 1, noviembre de 1989.
- "La dimensión latinoamericana de Rafael Heliodoro Valle", Universidad Nacional Autónoma de Honduras, Colección Cuadernos Universitarios N° 76, 1991.
- "El discurso del amor y no el discurso amoroso", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Año XXXVI, Nueva Época, Enero-Marzo de 1991, N°143.
- "Apuntes sobre legalidad/legitimidad", *sYc* N° 2, Buenos Aires, Agosto de 1991.
- "La palabra que no cesa", *sYc* N° 3, Buenos Aires, Setiembre de 1992.
- "No decir nada. La conversación en la cúspide de la comunicación", *Versión* N° 1, Octubre de 1991, México (Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco. Y *sYc* N° 4, Buenos Aires, 1993.
- "Rehabilitación de la parodia", *La parodia en la literatura latinoamericana*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1993.
- "El Estridentismo y la obra de Manuel Maples Arce", *Eldorado*, Año 1, N° 1, Rosario, Octubre de 1994. También en *Revista mexicana de Literatura*, Vol. IV, N°1, U.N.A.M., 1993.
- "Literatura y política en el imaginario social", "Discursividad, discurso, análisis", "El tema de la lectura: leer mucho y leer bien", *Comunicación, discursos, semióticas*, Universidad nacional de Rosario, Rosario, 1993.
- "Voces de ciudad", *sYc* N° 5, Buenos Aires, 1994.
- "Facundo: The riches of Poverty", *Sarmiento, Author of a Nation*, ed. por Tulio Halperín Donghi, Iván Jaksic, Gwen Kirkpatrick y Francine Masiello, University of California Press, Berkeley, 1994.
- "El difícil proceso de consolidación de la palabra literaria en América Latina", *Problemas* N° 4, La Habana, 1994.
- "Del orden de la escritura", *sYc* N° 6, Buenos Aires, 1995
- "Las dos tentaciones de la vanguardia", *América Latina. Palabra, Literatura e Cultura*, Campinas, Unicamp, 1995.
- "Un resumen sobre la crítica", *La realidad imaginaria*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1995.
- "Canónica, regulatoria y transgresiva", *Orbis Tertius*, Año I - N° 1, C.E.T.C.L., Universidad Nacional de La Plata, 1996. También en *Dominios de la literatura. Acerca del canon*, Buenos Aires, Losada, 1998 y en *Letterature d'America*, Anno XV, N° 62-63, Roma, 1998.

- "Carta sobre el doble: romanticismo y psicoanálisis", *sYc* N° 7, Buenos Aires, setiembre de 1996.
- "Productividad de la crítica", *Conjuntos. Teorías y enfoques literarios recientes*, México, UNAM, 1996. También en *El discurso crítico en América Latina II*, Buenos Aires, Corregidor, 1996.
- "El espacio de la poética", *Abyssinia*, Año I, N° 1, Buenos Aires, Eudeba, 1999.
- "Estudios culturales/estudios literarios", *Literatura e Estudos Culturais*, Belo Horizonte, UFMG, 2000.
- "Extrema vanguardia: Pablo Palacio todavía inquietante", Pablo Palacio, *Obras Completas*, Paris, ALL-CA XX, 2000.
- "Pensar la literatura, pensar en la Literatura", *Lengua y Literatura. Temas de enseñanza e investigación*, Córdoba, Facultad de Filosofía y Humanidades, 2000.
- "Sobre la lectura, *Recepción artística y consumo cultural*, México. I.N.B.A. – Co.Na.Cult.A., 2000.
- Bibliográficas N° 5/6, Buenos Aires, Instituto de Literatura Hispanoamericana, 1998. También en Con Augusto Monterroso. En la selva literaria, México, UV-Ediciones del Ermitaño, 2000.
- "La poética de Borges", *Actas de las Jornadas Borges y el Uruguay*, Montevideo, Universidad de la República, 2001.
- "La figura que reside en el poema", *Tópicos del Seminario*, 6, Puebla, B.U.A.P., 2001.
- "No toda es ruptura la de la página escrita", *Informes para una academia* (La crítica de la ruptura en la literatura latinoamericana), Buenos Aires, Instituto de Literatura Hispanoamericana, 1996. También en *Poéticas da diversidades*, Belo Horizonte, UFMG, 2002.
- "Comparatismo y textualidad", *Transversões comparatistas*, Porto Alegre, U.F.R.G.S., 2002.
- "La integración latinoamericana en su literatura", *Universum* N° 18, Talca (Chile), Universidad de Talca, 2003; previamente "Entre el ser y el siendo", *Las armas y las razones*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984. También en *Literature d'America*, Anno XXVII, nn. 121.122, Roma, 2007-2008.
- "Vanguardia hoy", *Elogio da Lucidez*, Instituto de Letras da UFRGS, 2004
- "Tiempo, memoria, significación", *Tópicos del Seminario*, 12, Puebla, B.U.A.P. 2004."Temporalidad y memoria", *Variaciones Borges* N°19/2005, Aarhus; También *Imprévu* (Théories critiques et littérature latinoaméricaine actuelle), Montpellier, CERS, 2004.
- "Discusiones infinitas y perdidas de antemano", *sYc* N°9/10, 1999. También en *Psicoanálisis y el hospital* N° 30, Buenos Aires, 2006.
- "Naturaleza, humanidad, cultura", *La Biblioteca* N° 6, Buenos Aires, 2007.
- "Todo, salvo lo que no lo es, es basura", *Mal Estar* N° 6, Buenos Aires, 2008.
- "Negatividad y significación", *Tópicos del Seminario*, 18, Puebla, B.U.A.P., 2007.
- "Relato especulativo sobre dichas y desdichas de las universidades", *La universidad como objeto de investigación*, Tandil, U.N. del C. de la P. de B.A., 2008.
- "Camellos", *Celehis*, Año 17 – N° 19, Mar del Plata, 2009.
- "Estudio preliminar", Esteban Echeverría, *El dogma socialista*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2009.
- "Homo hominis lupus", *Revista de Ciencias sociales*, Año I, N° 16, Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes, 2009.
- "Un mito del argentino cantor", Leopoldo Lugones, *El Payador*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2010.
- "Prólogo" a *Martín Fierro*, Buenos Aires, Eduntref, 2010
- "Exilios, desplazamientos, narraciones. Pasiva gesta de Onetti", en "Onetti 101", *Nuevo Texto crítico*, Vol. XXIII, N° 45/46, Stanford, Stanford University, 2010.
- "Incesante, infinita poesía", *Variaciones Borges* N° 35, University of Pittsburgh, 2013.
- "Borges. Prudentes aproximaciones", a *Biblioteca*, N° 13, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2013.
- "Entrambas a porfía", en *Tópicos del Seminario* (Variaciones semióticas del acorde), Año 15, N° 30, Puebla, Benemérita Universidad autónoma de Puebla, 2013.